

El espaciotiempo como base del conocimiento*

IMMANUEL WALLERSTEIN

El tiempo y el espacio son los parámetros más obvios de nuestra existencia. Hacen parte de los primeros conceptos que aprende un niño. Sin embargo, por iletrada que sea una persona, estará en posibilidad de identificar el tiempo y el espacio en el que vive, y usualmente los tiempos y espacios en los que otros viven. Se podría pensar que estos conceptos serían el centro de cualquiera y de todos los intentos de obtener el conocimiento social. En esencia así es. Discutimos la secuencia de los acontecimientos, y decimos que los procesos contienen historias. Además, de manera regular reconocemos y buscamos explicar el hecho de que las condiciones y las relaciones sociales parecieran ser diferentes en lugares distintos. De tal manera que podríamos estar tomando en consideración así el tiempo como el espacio.

Pero, de manera importante, ignoramos el tiempo y el espacio totalmente, porque rara vez tomamos en cuenta la construcción social del tiempo, y casi nunca la construcción social de una combinación que quiero proponerles, y que llamaré "TiempoEspacio". En esencia,

esto no debe sorprender. Los sistemas históricos derivan su estabilidad del hecho de que la mayoría de personas que se hallan en ellos, consideran el sistema social como natural y permanente, si no eterno. Para ello, es muy fácil considerar el tiempo y el espacio como constantes, como lo teorizó Kant.

"Escribe el dedo que se mueve" dice el poeta Omar Khayyam. "Y habiendo escrito, sigue a otra parte". El tiempo marcha hacia adelante imperturbablemente, en el universo que nos rodea. Nadie es capaz de cambiar el tiempo o el espacio. Por supuesto, en la práctica, esto es verdad. Pero es igualmente cierto que el significado de tiempo y espacio, las interpretaciones que hacemos de tiempo y espacio, el uso que hacemos de los conceptos de tiempo y espacio, la percepción que tomamos de tiempo y espacio no son en absoluto constantes. En ninguna otra parte ha sido esto tan demostrado como en el sistema del mundo moderno en que vivimos, en el que una de las características sobresalientes es el lugar que se le ha dado a las múltiples construcciones sociales del

IMMANUEL WALLERSTEIN
Presidente de la Asociación Internacional de Sociología, Binghamton University, New York

* Este texto fue presentado en el Congreso Mundial de Convergencia Participativa, Cartagena de Indias, Junio 1 al 5 de 1997. Traducción de Ruby Pardo, asistente de investigación, IEPRI.

TiempoEspacio. Esta característica le ha dado gran flexibilidad y resistencia. Al mismo tiempo le ha dado una habilidad extraordinaria para ocultar a sus integrantes la realidad sobre lo que están experimentando.

Las estructuras modernas del conocimiento han enfatizado en que el tiempo y el espacio son factores exógenos constantes de la realidad social, en la que todas las cosas que hacemos y decimos encajan de alguna manera. Somos sujetos interactuando en una realidad objetiva. Somos humanos, y el tiempo y el espacio quedan externos a nosotros, son parte de nuestro entorno natural. Existimos de manera inmanente, pero el tiempo y el espacio persisten a pesar de nosotros. Dada la creencia en una disyuntiva radical de lo humano y lo natural -lo que refleja la misma conceptualización binaria, antinómica de la realidad, como las disyuntivas propuestas entre lo particular y lo universal, lo idiográfico y lo nomotético, la filosofía y la ciencia como partes del andamiaje intelectual del sistema moderno mundial-, dada aquella creencia, estamos forzados lógicamente a percibir sólo dos modelos de TiempoEspacio. Por una parte, los acontecimientos infinitésimamente pequeños, los que llamo "TiempoEspacio episódico o geopolítico", y por otra parte, las realidades infinitas y continuas, las que llamo el "TiempoEspacio eterno"⁽¹⁾. El mundo del conocimiento, desde hace 200 años hasta hoy, ha querido que el analista elija sólo entre estas dos posibilidades de TiempoEspacio para describir la realidad social.

El TiempoEspacio episódico o geopolítico es la explicación de lo inmediato en el tiempo y en el espacio a través del tiempo y del espacio que le precede de manera inmediata, resumiendo cada vector tan cuidadosamente como le sea posible. Es el análisis de los eventos, de lo que ocurre en un instante y punto particular. De allí que

sea episódico por una serie de episodios, que sea un evento en una serie sinfín de eventos; y es geopolítico, en términos de una definición nominal del espacio en el que ocurre. Todo momento episódico es equivalente a cualquier otro; de allí, que no se puedan discernir los patrones que trascienden a los eventos, porque no pueden existir. El espacio es especialmente particular, y en su excepcionalidad equivale a todo otro; de allí que no se puedan discernir los patrones que trascienden lo local porque, de nuevo, no pueden existir. El TiempoEspacio pretende ser el polo opuesto. En cuanto al TiempoEspacio eterno sólo existen generalizaciones, puesto que las leyes del comportamiento humano se sostienen, como se ha dicho, a través del tiempo y del espacio, esto es, sin referirse a las variaciones en el tiempo y en el espacio. Pero, puesto que todo tiempo y espacio son diferentes en la realidad, o no serían específicos, afirmar el TiempoEspacio eterno es totalmente compatible con la afirmación del TiempoEspacio geopolítico o episódico. Uno confirma el TiempoEspacio eterno al ignorar las diferencias entre TiempoEspacios particulares aún sabiendo que están allí. Los dos TiempoEspacios constituyen los otros extremos remotos de un continuo lógico.

El problema es que los actores de esta realidad social (en oposición a sus analistas) no se han limitado a estos dos TiempoEspacios definidos en forma tan cuidadosa y precisa. No lo han hecho así porque el aceptar esta antinomia asigna una limitación enorme a la acción social y por tal razón, a su análisis correcto. Pero ¿cómo es posible que los analistas de la realidad social, o los que presumen serlo, usen en realidad un marco de análisis que tiene menos nivel de percepción que el nivel de percepción de los demás, aquel de los bien llamados actores en el mundo real? Esto sólo puede ser así si los

⁽¹⁾ He definido lo que concibo son los cinco posibles TiempoEspacios en "The Inventions of TimeSpace Realities: Towards an Understanding of our Historical Systems," in *Unthinking Social Science*, Polity Press, Cambridge, 1991, 135-148.

especialistas autodesarrollan una aguda forma de percibir y, por lo tanto, también debe explicarse este tipo de entrenamiento.

Al tratar de entender esta situación compleja, donde las claves para una explicación racional son en sí mismas el mayor obstáculo para una explicación racional, debemos determinar la evolución de nuestras estructuras modernas del conocimiento, y el papel que han jugado en el moderno sistema mundial. La historia empieza, como lo sabemos, en la Edad Media Europea, cuando la Iglesia estaba aún en capacidad de mantener un control decisivo sobre la definición de la Verdad. La Verdad existía como Dios la había revelado, y como la Iglesia interpretara dicha revelación.

El proceso para crear el moderno sistema mundial, -economía-mundo capitalista-, involucró de manera necesaria un esfuerzo por escapar a las obligaciones impuestas por el monopolio clerical. Entran los filósofos. O más bien vuelven a entrar. Los dos grandes movimientos de ideas que asociamos con este período, en el que nuestro moderno sistema mundial nació, son el Renacimiento y la Reforma. Los dos comprometidos con la afirmación de que la verdad puede ser determinada directamente por los seres humanos, en un caso por la intuición dentro de las leyes naturales del universo, y en el otro caso por la intuición de las misteriosas leyes de Dios. Pero en los dos casos, la Verdad era determinada por la autoridad de hecho de aquel que tenía el discernimiento. En teoría todos podían tener esta capacidad, o por lo menos ésta no era una opción que estuviese ligada a algún oficio.

La economía-mundo capitalista centró su actividad alrededor de la creatividad: creación de capital; creación de bienes y tecnología a fin de generar capital; creación de categorías sociales con el fin de crear fuerza de trabajo apropiada a la capacidad y buena disposición para asumir roles en la formación de bienes y tecnologías; y creación de estructuras de conocimiento que sostendrían todas las demás actividades. No hubo un orden de

prioridades en estas actividades creadoras. Todas eran elementos esenciales en la construcción, conservación y prosperidad de un sistema histórico basado en la acumulación de capital de manera interminable.

La rebelión de los filósofos en contra de los teólogos fue, por consiguiente, sólo la fase inicial de la reestructuración intelectual en proceso. Eventualmente, un grupo especializado de pensadores más pragmáticos empezaron a denominarse científicos, término que viene a enfatizar un camino inductivo hacia la Verdad, por la vía de la investigación empírica y la experimentación, un método que podría suministrar evidencias y que podría validar hipótesis o generalizaciones. A medida que los miembros de este grupo ganaron mayor seguridad en sí mismos durante los siglos diecisiete y dieciocho en Europa, empezaron a hablar no sólo en contra de la mano dura de los teólogos, sino también en contra de lo que veían también como la mano dura de los filósofos. Ellos acusaron a los filósofos de haberse disfrazado de teólogos, y afirmaron que los primeros no tenían mayor título que los últimos para acceder a la Verdad.

Así, al finalizar el siglo dieciocho fue consumado lo que ha sido definido como el divorcio entre la filosofía y la ciencia, un divorcio que se institucionaliza en la reactivación del sistema universitario mediante la fundación de Facultades separadas de Humanidades (o Filosofía y Letras) y de Ciencias (Naturales), división que permanece hasta hoy en la mayoría de las estructuras de las universidades de todo el mundo. Esta fue la separación entre lo que hoy llamamos las dos culturas, separación que no fue del todo amigable. Los científicos fueron despectivos con los filósofos, argumentando que sus raciocinios eran intelectualmente irrelevantes e incluso que podían ser ignorados. Por eso los científicos tomaron distancia de la "cultura" que de alguna manera fue definida como subjetiva y por consiguiente dudosa, e insistieron en que los científicos como investigadores de la realidad exterior eran

objetivos, y por consiguiente neutrales. Los filósofos, en respuesta, declararon que los científicos ignoraban los valores fundamentales sobre los que se basa la vida social (e incluso el trabajo como científicos), que además descuidaban lo concerniente al ser humano (y por tanto lo humano), que eran incapaces de promover el bien, e incapaces de apreciar lo bello.

Debe decirse que, en esta apasionada guerra de palabras, ningún lado cedió mucho terreno al otro. Los dos estaban igualmente seguros de que estaban en lo correcto. El mundo no académico, no obstante, se inclinó a ver los argumentos de los científicos como más convincentes que los de los filósofos, porque la ciencia era vista como más pragmática, esto es, con aplicaciones más útiles en el mundo material. Así, la ciencia adquirió respeto público en forma ascendente y firme a lo largo de los dos últimos siglos, y la filosofía se quedó relegada a la defensiva. El mundo del conocimiento, por consiguiente, no sólo se dividió de manera profunda sino que quedó distribuido en jerarquías por la sociedad mayor. En el siglo diecinueve y en el veinte, aquellos que querían imponer públicamente su discurso y así adquirir prestigio, usualmente sintieron la necesidad de arroparse con el manto de la ciencia. Desde entonces, el mundo del conocimiento ha estado comprometido en un extenso debate epistemológico entre aquellos que tienen una perspectiva del conocimiento básicamente positivista, y aquellos que tienen una perspectiva principalmente hermenéutica, entre aquellos que decían que la realidad se conoce mediante la medición objetiva, y los que dicen que la realidad se conoce únicamente a través de la intuición empática.

En el siglo diecinueve, como resultado del cambio social fundamental producido por la Revolución Francesa y de la sensación de que el cambio social era normal e inevitable, apareció repentinamente la urgencia de entender las reglas con las que el mundo social operaba, para ver y controlar lo que estaba sucediendo y a qué ritmo. Esta necesidad ideológica fue la guía para la creación de lo que hoy llamamos Ciencia Social. La Ciencia Social tampoco parecía agruparse fácilmente en el campo de la Ciencia Natural o en el de las Humanidades. Como una forma de conocimiento, vino a ubicarse, no muy fácilmente, en medio de las dos. En muchas universidades, una tercera facultad totalmente separada se estableció para alojar a estos profesionales. Sin embargo, no hubo una epistemología diferente para esta tercera facultad. Más bien, los profesionales adoptaron una de las dos epistemologías opuestas y, como consecuencia, las ciencias sociales quedaron destrozadas por esta lucha de las dos culturas por dominar su esencia⁽²⁾.

La batalla fue apasionada e intensa tanto dentro de las ciencias sociales como entre las humanidades y las ciencias naturales. Incluso, fue más intensa, teniendo en cuenta que los dos lados tuvieron contacto intelectual y social cercano y continuo dentro de las ciencias sociales, más del que habían tenido los antagonistas originales: los filósofos y los científicos físicos. Los resultados para las ciencias sociales fueron a largo plazo negativos. Las dos tendencias entre las ciencias sociales, -lo que Windelbrand denominó las posiciones nomotética e idiográfica-⁽³⁾ se preocuparon por demostrar que podían satisfacer mejor el ahora culturalmente dominante *ethos*

⁽²⁾ Para una historia breve acerca de estos desarrollos, ver I. Wallerstein et al., *Open the Social Sciences*, Stanford University Press, 1886. En español: *Abrir las Ciencias Sociales*, México, Siglo XXI de México, 1996; en portugués: *Para Abrir as Ciências Sociais*, São Paulo, Cortez De., 1996.

⁽³⁾ Las palabras "ideográfico" e "idiográfico" son muy distintas. La primera quiere decir una lectura en símbolos (como el chino). La segunda significa una lectura sobre lo particular. Es la segunda acepción la que utilizo.

científico: la objetividad con la neutralidad valorativa. Pero escogieron caminos considerablemente diferentes para lograr su objetivo.

Las llamadas disciplinas nomotéticas o universalistas (principalmente la economía, la ciencia política y la sociología) insistieron en que la objetividad está mejor garantizada por el uso de datos cuantitativos repetibles. También insistieron en que entre más cercano esté el científico social (en tiempo y espacio) al origen de los datos, éstos pueden ser controlados con exactitud, y así el investigador podrá introducir lo menos posible interpretaciones subjetivas en el registro y análisis de los datos. Y finalmente, insistieron en que una investigación concentrada a pocas variables podría incluir probablemente menos fenómenos intermedios sin analizar (o términos medios) difíciles de controlar y medir. Si uno sigue la lógica de estas preferencias metodológicas, los mejores datos eran aquellos absolutamente contemporáneos, tan "duros" como fuese posible, recogidos en situaciones sociales donde existiera una infraestructura excelente para recoger datos cuantitativos (lo que era sólo para ciertos países, aquellos más ricos y burocratizados), pues tales datos permitirían al investigador medir con precisión la correlación entre dos variables en un período relativamente corto.

Desde el punto de vista del Tiempo-Espacio, tales datos eran inevitablemente formulados en el episódico Tiempo-Espacio geopolítico, aunque con cambios bastante extraños. Como los científicos sociales nomotéticos insistían en que la Verdad era universal, esto es, en que la declaración de la Verdad era válida a través de todo tiempo y espacio, inferían que sus hallazgos hacían parte del Tiempo-Espacio eterno, cuando en realidad se basaban únicamente en el Tiempo-Espacio geopolítico. Esta inferencia era un salto lógico de fragilidad considerable, pero de todos modos es aquella en la cual se basa la mayor parte de la ciencia social moderna.

Los llamados científicos sociales idiográficos o particularistas (principalmente los historiadores, antropólogos y orientalistas)

invertieron este proceso. Predicaron no una proximidad a los datos, sino una distancia de éstos. Sostenían una premisa socio-sicológica: mientras más cercano esté el experto de sus datos, más apto va a quedar para distorsionar la recolección de datos, y así servir a fines sociales y políticos inmediatos. La neutralidad valorativa es más fácil, decían ellos, si uno estudia lo que está distante, así en el tiempo como en el espacio. Por otra parte, los científicos sociales idiográficos argumentaron simultáneamente que la interpretación era el corazón del ejercicio académico y que la interpretación inteligente requería de un conocimiento profundo del contexto total (la historia, la cultura, el lenguaje). Por supuesto, uno conoce mucho mejor el contexto de su propio tiempo y de su propio grupo, cultura o nación. Y esto parece presionar al investigador hacia la dirección opuesta, aquella de la proximidad. ¿Cómo podrían entonces reconciliarse estas dos exigencias? Los investigadores resolvieron el dilema combinando dos requerimientos: estudiarían únicamente el pasado, el pasado cronológico para el caso de los historiadores y el hipotético ante-presente inmodificable para el caso de los antropólogos y orientalistas. En este sentido, permanecieron distantes de sus datos. Pero los estudiarían sólo después de una inmersión profunda en el contexto a través de un contacto largo tanto con los archivos como con las fuentes secundarias, así como por un conocimiento lingüístico para el caso de los historiadores, por el saber erudito y por una lectura filológica cuidadosa de los textos entre los orientalistas, y mediante la observación participante entre los antropólogos. De nuevo se presentó otro matiz: conocer el contexto, pero no las gentes, que ya podrían estar muertos para los historiadores, o no acudidos para los orientalistas, o dejados atrás para los antropólogos (a quienes se les recomendó no "adoptar costumbres nativas"). Así, todos permanecieron intelectualmente cerca de sus objetos de investigación, pero se presume que permanecieron emocionalmente al margen de los mismos. Finalmente, el énfasis en el contexto implicó un compromiso para toda la vida con un segmento de la realidad social

definido estrechamente, teniendo en cuenta la dificultad para dedicar el tiempo necesario a un estudio detallado de más de un segmento, ya que sin dedicar el tiempo necesario el estudio resultaría inevitablemente superficial (esto es, el resultado sería una interpretación inadecuada).

En términos de TiempoEspacio lo que sucedió fue que, paralelamente al científico social nomotético, el científico social idiográfico fue llevado a limitar más y más el campo de su investigación, es decir, hacia el uso del episódico TiempoEspacio geopolítico, pero argumentando al mismo tiempo que en este microcosmos estaban descubriendo algo universal en la naturaleza humana, como una alusión al TiempoEspacio eterno.

Esta evolución histórica de la ciencia social -la carencia de una epistemología autónoma, su consecuente sometimiento a las fuerzas centrífugas de las dos culturas, su refugio en objetos de investigación cada vez más reducidos- alcanzó su culminación durante el período que siguió al final de la Segunda Guerra Mundial, el período entre 1945 y 1970. A la Ciencia Social para este tiempo y por primera vez, se le concedió un reconocimiento público considerable, no comparable quizás al de las ciencias naturales, pero mucho más que antes. El aumento del reconocimiento social se vió gratificado con el incremento del apoyo social y económico, otra vez menos que el de las ciencias naturales, pero a un nivel más avanzado que el anterior. Sin embargo, la ciencia social hizo uso de este prestigio y la financiación para enfocar principalmente lo microcósmico, ya que se había comprometido seriamente a sólo dos clases de TiempoEspacio, cada una de las cuales encontró lo microcósmico metodológicamente más satisfactorio.

Fue precisamente este atrincheramiento en lo microcósmico y la incapacidad consecuente para interpretar ese mundo real que estaba obvia y rápidamente cambiando al nivel macrocósmico, lo que provocó una reacción que dirigió y llevó a un autoexamen crítico que ha durado veinte años y que seguramente continuará por otros veinte. Esto ha repercutido por

una parte, en las quejas expresadas ampliamente de que las Ciencias Sociales se están derrumbando (lo que en francés es llamado *émiettement*) y, por otra parte, en la amplia y desesperada búsqueda de nuevos paradigmas que posiblemente rescaten de alguna manera a las ciencias sociales. ¿Pero, rescatada de quién o de qué? Tal vez de ella misma.

¿Qué ha ganado la ciencia social concentrándose en sólo dos TiempoEspacios: el inmediato y efímero TiempoEspacio geopolítico y el TiempoEspacio eterno e inalterable? La primera consecuencia de esta concentración en lo microcósmico fue la falta de relevancia política, una cierta autocastración que garantizó tanto el apoyo como el reconocimiento público. ¿Y qué han ganado aquellos que apoyaron esta forma de ciencia social con esta castración? Es bastante obvio: pudieron esconder buenos análisis, pero embarazosos, en algún rincón oscuro de la realidad, y disfrazar ideológicamente pautas existentes de privilegio jerárquico. El lenguaje de la neutralidad valorativa fue en sí mismo el principal culpable de la intromisión de esta distorsión valorativa.

¿Qué clases de TiempoEspacio no fueron reconocidas en este *cul-de-sac* epistemológico de las ciencias sociales? Fueron tres, y cada una se evacuó de la discusión en diferentes formas. Le he dado nombre a cada una, y discutiré a continuación lo que ellas implican y el por qué fueron evacuadas. Les llamo TiempoEspacio Cíclico-Ideológico, TiempoEspacio Estructural, y TiempoEspacio Transformativo.

El TiempoEspacio Cíclico-Ideológico no debería confundirse con las teorías cíclicas de la historia, que son sólo variaciones del TiempoEspacio eterno. Todas las grandes teorías cíclicas presumen modelos eternos que sin embargo toman la forma de una onda en lugar de una línea recta. Pero en estas teorías nada cambia realmente, porque las leyes del comportamiento humano son eternas. No estoy hablando de tales ciclos eternos. Más bien, hablo de los ciclos que ocurren dentro del

funcionamiento de sistemas históricos particulares y que son, en efecto, los mecanismos que regulan estos sistemas. Todos los sistemas tienen mecanismos que los regulan, en caso contrario no podrían ser sistemas. Por ejemplo, los mamíferos respiran. Esto tiene como función tomar algunos elementos externos al cuerpo, así como descargar elementos fuera del cuerpo, lo que mantiene un cierto balance fisiológico sin el cual el cuerpo no puede funcionar. Cuando un mamífero deja de respirar, deja de vivir. Podemos medir estos ciclos. Cuando un médico realiza una prueba de presión sanguínea en un ser humano, la registra en términos de duración sistólica y diastólica, porque el corazón se contrae y se relaja, se contrae y se relaja. Cuando entendemos este modelo cíclico, hemos llegado a entender algo muy importante sobre la fisiología del cuerpo.

Ritmos análogos ocurren en los sistemas sociales históricos. Si deseamos analizar el moderno sistema mundial, por ejemplo, es crucial discernir las estructuras que lo regulan, que toman la forma de tales modelos cíclicos. Un estudio de estos modelos revela lo que está sucediendo con el sistema, por qué y cuando. ¿Le ha ocurrido alguna vez a usted ver cómo es de extraño que la mayoría de los economistas están dispuestos a aceptar la realidad de un período bastante corto de movimientos ondulares, generalmente llamados ciclos de negocios que duran de 2 a 3 años como máximo y los que terminan cuando están apenas iniciándose, y no obstante estos mismos economistas son extraordinariamente reticentes a aceptar la realidad de los ciclos largos, aquellos llamados Ciclos Kondratieff, que tienden a durar entre 50 y 60 años?

¿Por qué esta curiosa inconsistencia? Posiblemente, la respuesta recae en las inferencias que se pueden hacer por el estudio de los ciclos de diferente duración. Si uno observa ciclos rápidos de corta extensión, se podría inferir que el comportamiento individual queda sujeto a las variaciones de las fuerzas que están más allá de su control (y así, por lo tanto

nadie podría sentirse responsable), pero también que no comprometen su supervivencia, teniendo en cuenta que puedan dar marcha atrás, muy pronto. No obstante, si hablamos de ciclos de 50 a 60 años, en los que la fase-B (o fase negativa) es de 25 a 30 años, no podemos ser indiferentes por mucho tiempo. Si una fase-B en un Kondratieff se considera asociada al incremento de la reducción del empleo por jornal a nivel mundial, éste es un problema serio con implicaciones serias. Quisiéramos entonces saber por lo menos qué o quién es el responsable de este período negativo.

El análisis de modelos cíclicos a término medio en el funcionamiento de un sistema social histórico revela la anatomía del sistema, nos lleva a examinar sus trabajos, y hace posible no sólo un informe científico de sus mecanismos, sino además una apreciación moral de su racionalidad como sistema. El análisis de los modelos cíclicos a término medio nos coloca en el camino de los juicios profundos acerca de lo que podemos hacer, pero también acerca de lo que no podemos hacer para alterar el funcionamiento de un sistema actual. Con ello se adquiere mucho poder. ¿Por qué la ciencia social ha tendido históricamente a descuidar este tipo de estudio? ¿Por qué usualmente ha colmado de evasivas a aquellos que lo han intentado, menospreciando tal análisis y aduciendo que estos modelos no existen (diciendo que sólo existe el TiempoEspacio geopolítico) o que los datos no permiten que sean válidos como modelos eternos? Esto último es verdad, por supuesto, teniendo en cuenta que los modelos cíclicos en el marco conceptual de un sistema social histórico específico no son eternos, y no pretenden serlo. Pretenden explicar el funcionamiento de un sistema particular, aquel que se extiende en un espacio amplio y en un tiempo largo, la *longue durée* de Braudel.

He llamado Cíclico-Ideológico a esta clase de TiempoEspacio, porque los parámetros espaciales de tales concepciones tienden a tener orientaciones ideológicas, reflejando divisiones definidas

entre las normas geoculturales del sistema histórico en cuestión. Por ejemplo, hablamos de la era mercantil, la era industrial y post-industrial de la historia capitalista moderna. Hasta hace poco hablamos de la existencia de dos bloques o dos mundos: un mundo libre y un mundo comunista, pero este espacio ideológico fue de hecho vinculado a un período de tiempo específico, 1945-1990. No existe más, y no podría ser considerado como existente antes de 1945. ¿Qué hacen estas caracterizaciones cuando escogen y dan nombre a ciclos particulares en una serie de ciclos repetitivos? Tienden a destacar ciertas diferencias y de manera simultánea hacen olvidar un número considerable de similitudes. Tienden a tomar fenómenos que son cíclicos o repetitivos, y sugieren que los ciclos tienen menos importancia que los cambios cualitativos, lo que sugiere que son más importantes de lo que puedan serlo en la realidad. Desvían la atención de lo estructural, esto es, del campo de las características cualitativas fundamentales. Así, aunque percibir TiempoEspacios cíclico-ideológicos nos permite entender mucho mejor el funcionamiento de un sistema, esto, no obstante, es un riesgo. A través de sus parámetros ideológicos, nos pueden llevar a percibir novedades constantes de término medio, que nos pueden estimular a volver atrás a TiempoEspacios geopolíticos cortos o episódicos y -no paradójicamente- al campo de la ausencia total de novedad en el TiempoEspacio eterno. Así, el TiempoEspacio cíclico-ideológico a menudo se autodebilita. Para nosotros, su función es percibir los patrones repetitivos de un sistema, pero esto es útil sólo si recordamos que tales patrones repetitivos ocurren en el marco de un sistema histórico limitado en el tiempo y en el espacio, si bien, en un tiempo de larga duración y gran espacio.

Si tenemos en mente los límites externos en tiempo y espacio de cualquier sistema histórico, necesitamos entonces tener una idea clara del TiempoEspacio estructural.

Los sistemas históricos, como todos los sistemas, son orgánicos en el sentido de que tienen una génesis, una vida histórica y un fin (un colapso, una transformación), todo ello ubicado en el tiempo y en el espacio. El TiempoEspacio estructural es en efecto el concepto clave de las ciencias sociales. Cuando lo localizamos, tenemos la unidad significativa de análisis de la continuidad social y del cambio social. Tenemos los parámetros básicos en los que ocurren la interacción y el conflicto social. Como consecuencia, sabemos de lo que estamos hablando. Aún así, la ciencia social en el mundo actual ha tratado el TiempoEspacio estructural como si fuese un transmisor de alto voltaje. Nos fascinamos ante él pero retrocedemos si nos acercamos demasiado, temerosos de quemarnos.

Existe un sentido de que la ciencia social en el mundo actual no ha sido más que un largo ejercicio para establecer qué es lo moderno acerca del mundo moderno, una serie de preguntas de autodescubrimiento. ¿Nos aterra lo que podemos descubrir? Por ejemplo, la duda de llamar capitalista a este mundo capitalista. ¿Por qué empleamos eufemismos? ¿Cuál es el temor por el término, si a pesar de todo, al expulsarlo por la puerta de enfrente, siempre retorna por la ventana, como lo recalcó Braudel? La respuesta es sin duda simple. No hay nada que muestre de manera tan clara las limitaciones del TiempoEspacio eterno y del TiempoEspacio geopolítico como el TiempoEspacio estructural. Nada nos acerca tanto a la historia del devenir humano y de la evolución humana como el comprender qué clases de sistemas históricos hemos construido, cuáles son sus parámetros y límites, y por qué su existencia es necesariamente limitada. El TiempoEspacio estructural se refiere a lo que podemos cambiar (el sistema a corto plazo), qué cambiará de manera segura (el sistema a largo plazo), por qué el sistema no cambia a corto plazo realmente (los ritmos cíclicos) y por qué en efecto cambia a largo plazo (las tendencias seculares, que se alejan del equilibrio).

Como la ciencia social ha fracasado en percibir el TiempoEspacio estructural, no sólo ha fracasado en su misión, sino que nos ha engañado en nuestra búsqueda de autoconocimiento. Por esta razón, la ciencia social nos ha inhabilitado para construir el mundo que deseamos construir, la sociedad que preferimos y queremos, y sólo por rechazar la posibilidad justa de hacerlo. Esto nos conduce a la última clase de TiempoEspacio que hemos abandonado, lo que llamo TiempoEspacio transformativo. Este es el momento breve y poco corriente del cambio fundamental. Es el momento de la transición de un sistema histórico a otro, de un modo de organización de vida social a otro. Estos momentos no llegan a menudo. Vienen únicamente cuando un sistema histórico ha agotado los mecanismos de *re-equilibrio* propio, cuando ha agotado la eficacia de sus ritmos cíclicos, y ha ido suficientemente lejos del equilibrio, cuando sus oscilaciones han llegado a ser relativamente locas e impredecibles. Entramos entonces en el momento del que habla Prigogine, el momento de la bifurcación en el que un nuevo orden, impredecible, emergerá del caos al que la estructura había accedido. Aún entonces, no sabemos si estamos llegando realmente a un cambio fundamental. Porque es siempre posible recrear un sistema histórico análogo, o incluso uno que sea moralmente peor. Pero también es posible en esos momentos crear algo mejor, más esperanzador, con más imaginación, más creativo.

Este momento de cambio transformativo, o mejor dicho, de posibilidad de cambio transformativo, tiene dos vectores que son decisivos. Uno es la lucha política entre aquellos que sostienen sistemas de valores opuestos, o diferentes. Y al segundo es la lucha dentro del mundo del conocimiento, que determina si podemos clarificar las alternativas históricas con las que nos enfrentamos, hacer más lúcida nuestra elección, criticando y facultando a aquellos que están comprometidos en la lucha política

(de la que el mundo del conocimiento no puede apartarse, por supuesto).

He tratado de argumentar que el concepto de TiempoEspacio -las múltiples construcciones del TiempoEspacio- es central en la tarea intelectual actual de la reconstrucción del mundo del conocimiento, tan necesario para permitir que el mundo del conocimiento cumpla su papel de manera adecuada en este tiempo de transformación. La extensión y secuencia del tiempo y del espacio podría estar más allá del control humano. Pero el tiempo y el espacio afectan la realidad social esencialmente en las formas como las asimilamos, como aquellas categorías que proporcionan las premisas de nuestro pensamiento. Adentro y afuera, antes y después, lo similar y lo diferente, son todos definidos en términos de los límites que construimos, y cuya única posible justificación es su utilidad social. Pero aún entonces, el mismo término "utilidad social" presume límites de tiempo y espacio, que son construidos socialmente, y que son socialmente disputados.

El surgimiento de estudios de la complejidad en las ciencias naturales es esclarecedor en lo que a esto respecta, y ofrece gran apoyo y asistencia para la reconstrucción de la ciencia social. Así como la construcción social del tiempo y del espacio fue siempre auténtica, pero sólo recientemente (re)descubierta como aspecto clave, el concepto de la complejidad en las ciencias naturales fue siempre auténtico, pero sólo recientemente (re)descubierto como aspecto clave. La mecánica clásica, que estuvo en el corazón de la actividad científica por lo menos desde el siglo diecisiete, se basó en la premisa opuesta, aquella de la simplicidad. Se decía que había reglas eternas que gobernaban los fenómenos físicos, reglas que podían ser expresadas de manera óptima en fórmulas simples. Estas ecuaciones fueron lineales y deterministas. Una vez que se conocían estas ecuaciones y cualquier juego de las llamadas condiciones iniciales, se podía predecir perfectamente el futuro y el pasado. En la jerga usual el tiempo era

reversible. Cualquier fluctuación que ocurriera en el mundo real, principalmente como resultado de errores de medición, pronto podía controlarse por un retorno al equilibrio. Estas premisas newtonianas-cartesianas fueron fundamentales en el concepto del TiempoEspacio eterno y de la ciencia social nomotética.

Ya en el último tercio del siglo diecinueve, Henri Poincaré había demostrado que el llamado problema de los tres cuerpos era insoluble, que el impacto de un tercero en las relaciones de dos cuerpos movidos únicamente por la influencia de la gravedad, nunca podría ser determinado con total precisión. Y por supuesto, si no podía ser determinado sólo por tres cuerpos, *a fortiori* no podía ser determinado por el número virtualmente infinito de cuerpos que existen en el universo real. Sin embargo, sólo hasta los años 70 conceptos como asimetría, termodinámica no-equilibrada y no-lineal, los fractales y atractores extraños, fueron tomados en serio por un segmento significativo de la comunidad de las ciencias naturales. El fondo del reto a la mecánica clásica recae en la idea de "la flecha del tiempo". Lo que se afirma es que el tiempo no es y nunca será irreversible, que todo aquello que fue, afecta todo lo que es y será, que el pasado restringe el futuro mas no lo determina. En esta concepción del mundo físico, el equilibrio es temporal, y todos los sistemas tienden a través del tiempo a alejarse del equilibrio. Cuando se alejan lo suficiente, las oscilaciones (los ciclos) pasan a ser dramáticos y abruptos, y en cierto momento se da una bifurcación (técnicamente es la situación en la que se presentan dos o más soluciones a una ecuación). La bifurcación es inevitable y por lo tanto predecible, pero no se puede determinar con anterioridad qué camino tomará. Lo que podemos decir, es que el mundo es complejo, y es cada vez más complejo. Y que la tarea de la ciencia no es reducir esta complejidad a una simplicidad imposible, sino interpretar o explicar esta complejidad.

Para la ciencia social, la aparición de los estudios de la complejidad representa una revolución epistemológica. Por una parte, esto debilita totalmente el fundamento del concepto del TiempoEspacio eterno, y al mismo tiempo rechaza el TiempoEspacio geopolítico o episódico, reemplazándolos por las reglas de los procesos sociales, en tanto que éstas sean relevantes. Porque los "órdenes" representados por estas reglas, constantemente ceden lugar a períodos y sitios de "caos" en los que nuevos "órdenes" se regeneran constantemente. Este es precisamente el concepto de TiempoEspacio estructural con TiempoEspacios cíclico-ideológicos allí localizados, llegando a los momentos del TiempoEspacio transformativo. Teniendo en cuenta que este modelo viene a nosotros de las ciencias naturales, la fuente desde donde los científicos sociales han derivado su perspectiva del TiempoEspacio, esta crítica de la imposibilidad del TiempoEspacio eterno no puede considerarse como un simple romanticismo de quienes rechazan la ciencia por razones reaccionarias o irracionales.

Sin embargo, hay un segundo elemento que es revolucionario en el impacto de los estudios de la complejidad en la ciencia social. Siendo que, en el siglo diecinueve y principios del veinte el estudio de la realidad social era distinto del estudio de la realidad física, aquellos que quisieron fusionarlos aconsejaron a los científicos sociales adoptar de manera cercana el modelo de la física clásica. Sin embargo, hoy, aunque el impulso por acercar las ciencias sociales a las físicas continúa, los términos de su relación son diferentes. Ahora los proponentes de los estudios de complejidad están alentando a los científicos físicos hacia el uso de la "flecha del tiempo", concepto que es fundamentalmente de la ciencia social. Los científicos físicos están reconociendo a los sistemas sociales históricos simplemente como el sistema más complejo, en un mundo de sistemas, para ser analizados en su complejidad. Así, ocurre una "cientifización social" de la ciencia física,

pero ésta es una ciencia social como debería ser, mas no como ha venido siendo.

Al mismo tiempo, en este período desde los 70, hemos visto el crecimiento en las humanidades de lo que se llama estudios culturales. Los estudios culturales nos han sido presentados como una crítica radical a las epistemologías dominantes, en una forma paralela a la crítica que los estudios complejos han hecho de la mecánica clásica. Los estudios culturales han atacado el "cientifismo" pero con respecto a esto no se ha dicho más que lo argumentado por la llamada tendencia humanista. Desde mi perspectiva, lo que es más significativo es su ataque a las humanidades tradicionales, al concepto de una estética autoevidente que podría ser resumida en los llamados cánones. Los cánones representan el TiempoEspacio eterno dentro de las humanidades, cuyos protagonistas los proclaman, a pesar de que ellos mismos insisten en que toda creación estética sea irremediamente particular, esto es, localizada en un TiempoEspacio geopolítico. En las humanidades, así como en las ciencias naturales, las epistemologías supuestamente contrastantes del TiempoEspacio geopolítico y el TiempoEspacio eterno resultaron en realidad totalmente compatibles entre sí.

Lo que los proponentes de los estudios culturales han estado diciendo es que todo es contexto, que los textos son escritos en contextos específicos y que de igual manera se leen en contextos específicos. No hay pues un significado definitivo en ningún texto, y un texto no es ciertamente la propiedad inalterable de un autor. Pero, ¿cuál es la implicación de este tipo de afirmación? Seguramente la de que existe un significado social en un texto, significado que evoluciona con la cambiante situación social. Hay sólo dos caminos a los que conduce la anterior observación. Uno puede dirigirse al sendero del solipsismo, en el que el mundo existe hasta el punto concebido por el analista. Pero el solipsismo es una

perspectiva que se autoderrota, teniendo en cuenta que proporciona no sólo la imposibilidad de comunicación sino la irrelevancia; por consiguiente, todos los saberes resultan sin razón. En todo caso, al solipsista le caerá muy duro descubrir que la supuesta realidad externa puede de pronto golpear su propia supervivencia.

El otro sendero proveniente de la observación de la contextualización de todos los textos lleva el aserto de la construcción social de la realidad, pero así mismo a la existencia de reglas contingentes -así sean fugaces- que explican cómo construimos socialmente la realidad. La construcción social de la realidad es un proceso social, no un proceso individual, construido sobre el TiempoEspacio estructural y variando sobre el TiempoEspacio cíclico-ideológico. Esto nos lleva a una premisa central de la ciencia social. El único resultado permanente de los estudios culturales depende así de la "cientifización social" de las humanidades.

Allí estamos. En el clásico divorcio entre la filosofía y la ciencia, las ciencias sociales se comprometieron a una guerra entre las dos, y resultaron destrozadas. Pero en la bifurcación del mundo del conocimiento en el que estamos, la aparición sincrónica de los estudios de la complejidad en las ciencias naturales y de los estudios culturales en las humanidades puede estar creando una nueva convergencia en torno a la ciencia social, en la que surja una nueva epistemología que supere la dicotomía de las dos culturas, y se cree una epistemología unificada para el mundo del conocimiento.

Quizás usted esté pensando, ¿por qué ahora? No hace mucho, el concepto de las dos culturas parecía insuperable. C.P. Snow en su famoso ensayo escrito en 1959, se vio obligado a hacer un llamado a una mayor comprensión entre los profesionales de las dos culturas. Aparentemente, nunca se le ocurrió que las dos culturas pudiesen llegar a ser otra vez una. De seguro ha habido desarrollos internos en el mundo del conocimiento

que han llevado a esta dirección. Hubo problemas en las ciencias físicas que parecían difíciles de tratar en el marco teórico de la mecánica clásica, especialmente aquellos que trataban lo supermicroscópico y lo supermacroscópico. Pero esto había sido verdad por un siglo y fue sólo en los años 70 que estos aspectos crearon una cultura alternativa sólida para esta comunidad. De manera similar, para muchos otros los cánones han parecido dudosos por un largo período de tiempo. Sin embargo, como hayas al viento, han inclinado y modificado su perfil a medida de los requerimientos. Pero repentinamente, el viento ahora ha llegado a ser más fuerte.

Me parece claro que tan dramáticos cambios en el mundo del conocimiento reflejan cambios dramáticos en el mundo real, en la forma de operar de nuestro moderno sistema mundial. Nuestro moderno sistema mundial ha sido un sistema estable, algo extraordinario porque es bastante dinámico y aparentemente en cambio continuo. Su secreto ha sido la habilidad para permitir simultáneamente la acumulación interminable del capital (y hasta una acumulación considerable de éste), la polarización cada vez más extrema del sistema mundial, y la disposición de la vasta mayoría de las poblaciones del mundo para tolerar esta anomalía. Había habido un momento a principios del siglo diecinueve, cuando no parecía posible la reconciliación entre acumulación y polarización, y cuando el fantasma de las "clases peligrosas" (lo que Marx llamó "el espectro del comunismo") aparecía como una amenaza inminente para la estabilidad del sistema.

En 1848, este fantasma era amenazante, pero después pareció retroceder y, a pesar de los ruidos, hasta 1968 estuvo en jaque. ¿Cómo sucedió esto? El mecanismo básico estuvo en lograr un lugar central para la ideología liberal en la geocultura del sistema mundial. El liberalismo se situó en el centro político comprometiéndose con el reformismo a través del uso de la maquinaria del Estado, pero con un

reformismo que era tanto gradual como "racional", esto es, administrado por expertos. Propuesto inicialmente en el siglo diecinueve en Europa, el liberalismo combinó tres reformas: el sufragio, el Estado benefactor y la integración política de las clases trabajadoras vía nacionalismo y racismo (*vis a vis* el mundo no-europeo). Con este programa, la ideología liberal controló a sus opositoras: la conservadora y la socialista o radical, trasformándolas en vicisitudes.

En el siglo veinte las clases peligrosas ya no estaban en el mundo europeo sino como estrato popular del mundo no-europeo. Los liberales intentaron entonces reproducir su fórmula para aplacar a estas clases peligrosas y sustituyeron el sufragio y el Estado benefactor por la independencia nacional y el desarrollo de las naciones llamadas subdesarrolladas. Al principio, esto pareció exitoso. En el período de 1945 a 1968, ocurrieron tres acontecimientos significativos. Los Estados Unidos fueron capaces de imponer el orden y la paz entre las grandes potencias. La economía-mundo conoció su más grande expansión en la historia del moderno sistema mundial, esperando que sus beneficios "gotearan" a todas partes del mundo. Los grandes movimientos antisistémicos (herederos de la ideología socialista/radical del siglo diecinueve) llegaron al poder virtualmente en todas partes: los comunistas en EuroAsia desde el Elba hasta Yalú, con los movimientos de liberación nacional en Asia y África, los movimientos populares en América Latina, y los movimientos social-demócratas en Europa y Norteamérica. La combinación de estos tres acontecimientos pareció validar el enorme optimismo que todas las ideologías —la liberal, la conservadora y la socialista/radical— profesaban acerca del futuro. Esto en efecto sugería que el reformismo funcionaba bien, y por lo tanto estábamos a un paso de una convergencia social mundial que superaba el modelo de polarización del sistema mundial. Pero esto resultó basura y el mundo se derrumbó

con estrépito. La revolución mundial de 1968 marcó la primera gran expresión de desilusión para las capas populares. Expresaron su desilusión, menor con el centro liberal que con la izquierda antisistémica, ya que veían que no había tenido la capacidad para cumplir lo que había prometido históricamente.

A este terremoto cultural le siguió el estancamiento mundial de la producción y la ganancia durante los siguientes 25 años, lo que llevó a una creciente polarización dentro de los países y entre ellos, un proceso que continúa con presteza. Uno tras otro los gobiernos de la antigua izquierda fueron derribados en diferentes zonas del sistema mundial, en tanto que las capas populares desconocieron la legitimidad de estos movimientos así como la del Estado como institución reformista. El colapso de los comunismos en 1989 fue simplemente el último acontecimiento importante en esta secuencia de deslegitimación. El impacto sobre la antigua izquierda antisistémica fue devastador. No lo fue menos para el centro liberal, que había contado por más de cien años con el apoyo tácito de la antigua izquierda para sus programas, detrás de cuya retórica apasionada estaba esencialmente el mismo programa de acción gubernamental.

Esta crisis o terremoto, que empezó a sentirse en el mundo del conocimiento desde los 70, estaba conectada en alguna forma con otra crisis o terremoto en el mundo de la economía política. La pérdida del optimismo y la certeza en una esfera fue congruente con la reconsideración en la otra. Así como la consigna del "orden que sale del caos" se convirtió en un *slogan* de los estudios de la complejidad y el tema del multiculturalismo en otro de los

estudios culturales, no fueron analógicos con lo que servía como un nuevo conjunto de guías para el mundo socio-político.

¿Dónde, pues, estamos hoy? Estamos en un período de los más difíciles, social e intelectualmente: es de confusión, de violencia, de incertidumbre, y de transformación. Este es un período que hace sentir incómodos y temerosos a todos los participantes, porque los riesgos inmediatos son enormes. Pero también lo son los del largo plazo, teniendo en cuenta que durante los próximos 25 a 50 años determinaremos los parámetros fundamentales por los que el mundo se moverá por lo menos en los próximos 500. Esta responsabilidad es apabullante, mientras que nuestra visión es menos clara. Pero todo esto es realista. Cuando creíamos que teníamos una visión clara, en realidad estábamos ciegos. Ahora que reconocemos que nuestra visión está empañada, quizás podamos medio percibir mejor las direcciones por las que debemos avanzar.

Es necesario reconocer el TiempoEspacio en el que estamos viviendo, un TiempoEspacio transformativo. Debemos ser claros sobre el resultado: será un nuevo TiempoEspacio estructural. Debemos ser conscientes de que nuestra elección histórica radicará entre visiones alternativas, quizás conflictivas, de la buena sociedad; y que la batalla será feroz, a menudo soterrada. Finalmente, debemos ser conscientes de que no podemos comprometernos de manera inteligente en la batalla socio-política, sin llegar a reconstruir el mundo del conocimiento como elemento esencial de la batalla. No es cualquier convergencia la que deseamos, sino una que sea justa, inteligente, substantivamente racional.